

“UNA ORACIÓN HASTA EL CUMPLIMIENTO DE LOS TIEMPOS”

Breve estudio O de la “ración del Señor” o “Padrenuestro”.

Pr. Joaquín Yebra.

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE LA VILLA DE VALLECAS



Villa de Vallecas, Julio de 2000.

ÍNDICE DEL CONTENIDO:

LA "ORACIÓN DEL SEÑOR" O "PADRENUESTRO": . . .	Página 2
INTRODUCCIÓN	Página 3
"PADRE NUESTRO".	Página 6
"QUE ESTÁS EN LOS CIELOS...".	Página 11
"SANTIFICADO SEA TU NOMBRE."	Página 14
"VENGA TU REINO".	Página 21
"HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, ASÍ TAMBIÉN EN LA TIERRA".	Página 26
"EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY."	Página 29
"Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES."	Página 33
"Y NO NOS METAS EN TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DEL MAL".	Página 38
"PORQUE TUYO ES EL REINO, Y EL PODER, Y LA GLORIA, POR TODOS LOS SIGLOS. AMÉN." (Mateo 6:13).	Página 41
CONCLUSIÓN:	Página 44

LA ORACIÓN DEL SEÑOR O PADRENUESTRO :

9. VOSOTROS, PUES, ORARÉIS ASÍ: PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS, SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.

10. VENGA TU REINO. HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, ASÍ TAMBIÉN EN LA TIERRA.

11. EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY.

12. Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES.

13. Y NO NOS METAS EN TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DEL MAL; PORQUE TUYO ES EL REINO, Y EL PODER, Y LA GLORIA, POR TODOS LOS SIGLOS. AMÉN."

Evangelio según San Mateo, capítulo 6, versículos del 9 al 13.

Revisión de la Versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, de 1960. Sociedades Bíblicas Unidas.

INTRODUCCIÓN:

Se ha escrito mucho acerca de la oración conocida como "El Padrenuestro" u "Oración del Señor". Probablemente se trate de la plegaria mejor conocida en todo el mundo. ¿Por qué entonces acometer este estudio? Quizás por lo que de reto representa hacerlo. Quizás porque en cada lectura de esta oración encontramos algo nuevo, algo que se presenta ante nosotros desde una perspectiva diferente.

En la Iglesia naciente, el "Padrenuestro" era considerado un verdadero tesoro. Nosotros, por el contrario, hemos caído en posturas antagónicas que se alejan en ambas direcciones del sentido y propósito que el cristianismo primitivo le dio a esta plegaria. Por una parte, en el mundo de las iglesias litúrgicas el "Padrenuestro" se ha repetido hasta la saciedad, cayendo en el error del que el propio Señor nos advirtió antes de presentar esta oración modélica:

"Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis." (Mateo 6:7-8).

Por otro lado, en las iglesias más distanciadas de la liturgia prefijada, donde la oración es casi exclusivamente extemporánea, el uso del "Padrenuestro" ha quedado prácticamente olvidado.

Sin embargo, en la Iglesia naciente el aprecio de la "Oración del Señor" era tal que ni siquiera se recitaba en presencia de los inconversos, sino sólo ante los creyentes, y muy especialmente ante la mesa del memorial del pan y del vino. Algo de esto se desprende del propio ritual latino, en el que la recitación del "Padrenuestro" va precedida por una fórmula introductoria en la que se dice: "Siguiendo la instrucción de nuestro Señor Jesucristo, (audemus dicere...) nos atrevemos a decir: "Padre nuestro que están en los cielos...".

La "Oración del Señor" o "Padrenuestro" no puede ser más sencilla desde un punto de visto estructural. Las tres primeras peticiones, que hallamos en los versículos 9 y 10 del capítulo 6 del Evangelio según San Mateo, están centradas en Dios. Las

otras cuatro peticiones -versículos 11 al 13- se centran en las necesidades de los hombres.

La estructura de esta oración es netamente judía, como es natural. Basta compararla con la plegaria hebrea conocida como "kaddish":

"Sea glorificado y santificado Su Nombre el Grande; en el mundo que creó por Su Voluntad. Y venga pronto Su Reino. Y florezca Su Salvación, y se acerque Su Mesías; vuestros días y en vuestra vida, y en vida de todo Israel, con prontitud y en tiempo cercano, y decir: Amén. Sea Su Nombre Grande Bendito por toda la Eternidad: Bendito sea, alabado sea, exaltado sea, enaltecido sea, venerado sea, glorificado sea, adorado sea y loado sea, el Nombre del Santo Bendito Él. Bendito sea de todas las bendiciones, canciones, alabanza, loas, que se dicen en el mundo, y decir: Amén."

El "Padrenuestro" es la enseñanza de Jesús de Nazaret para que pidamos por la plenitud del Reino de Dios. Por eso la Iglesia naciente comprendió que ésta era la plegaria más adecuada para recitar en torno a la mesa de la acción de gracias, sobre los emblemas referentes del pan y del vino, por cuanto ellos son los signos elocuentes del Reino venidero.

Jesús amonesta a sus discípulos a no actuar como los fariseos, a quienes les encantaba hacer sus rezos en las esquinas de calles y plazas, o en medio de los mercados, dondequiera que se encontraran cuando las trompetas del templo anunciaban las horas de oración de la mañana, de la tarde y de la noche. Sin embargo, Jesús enseña a orar a puerta cerrada. La palabra traducida por aposento es el griego "tameion", que corresponde tanto a "cuarto", "dependencia" y "cámara" como a "despensa" o "alacena". (Ver Mateo 6:6; 24:26;; Lucas 12:3, 24).

Para Jesús, orar no es simplemente repetir conceptos, rezar oraciones, sino hablar con Dios, abrir el corazón ante la presencia del Señor; algo muy distante de la palabrería del lenguaje litúrgico-sacramental, sobrecargado de elaboraciones superfluas que llegan a perder completamente su significado.

Es evidente que Jesús quiere enseñarnos a orar. Es una de las preocupaciones del Maestro. Ni la forma exterior del culto, ni la organización eclesial fueron tema de preocupación ni ocupación del Bendito. La vida de oración de los discípulos sí le preocupa

al Señor. Y sobre ella nos enseña más que acerca de ninguna otra cosa.

Jesús nos aclara que la oración no tiene el propósito informativo alguno. Dios no precisa de nuestra plegaria para conocer algo que Él pudiera desconocer. Él sabe lo que hay en el corazón de los hombres, mientras que nosotros, los propios humanos, solemos desconocer lo que palpita en nuestro interior. Es por eso que al orar experimentamos frecuentemente cómo el Señor saca a la luz, de las profundidades de nuestra alma hasta los labios, toda una carga de sentimientos y emociones, anhelos, complejos, pecados y un largo etcétera de realidades que nos seguirían pasando inadvertidas de no ser por la oración. Parece como si el Señor obrara siempre de manera más intensa en nuestros corazones mientras nos hallamos en actitud orante.

Quizás lo más importante de esta Oración del Señor sea el hecho de que Jesús no la pronunciara de forma litúrgica, sino cuando sus discípulos le pidieron que les enseñara a orar. De ahí que toda la cristiandad haya aceptado siempre esta oración del "Padrenuestro" como una plegaria de naturaleza ejemplar. Cirilo de Jerusalem (350 d.C.) llama a esta plegaria "Oración de los fieles". Y en la bella liturgia de San Juan Crisóstomo, empleada hasta el día de hoy por los cristianos ortodoxos griegos y rusos, hay un preámbulo a la Oración del Señor que dice así:

"Dígnate, oh Señor, concedernos que gozosos y sin temeridad nos atrevamos a invocarte a ti, oh Dios celestial, como a Padre, y que digamos: "Padre nuestro que estás en los cielos..."

PADRE NUESTRO .

(Mateo 6:9).

En la primera palabra que Jesús utiliza encontramos ya lo más grandioso que el Maestro quiere enseñarnos: Que Dios es nuestro Padre. Ahora bien, "Padre", del latín y del griego "pater", es el "patrón", de donde procedemos. En la lengua inglesa, por ejemplo, es "father", del anglosajón "faeder", que es el "dador de la fe, de la confianza"; es decir, el que da la fuerza, la seguridad, incluso la forma y el movimiento. Sin embargo, en labios de Jesús, la palabra "Padre" es el arameo "Abba", o el hebreo "Ab", voz formada por las consonantes "álef" y "bet". La primera de ellas, "álef" es la letra del principio, que nos habla del Dios creador, y cuyo valor numérico es el uno. La segunda de las letras de esta palabra es la "bet", cuyo significado literal es "casa", y cuyo valor numérico es el dos. La "Casa del Padre" es Jesucristo, en quien "habita (mora) corporalmente toda la plenitud de la Deidad." (Colosenses 2:9).

La voz "Ab" es la combinación del "uno" y el "dos". Es la Trinidad. Es la Unidad del Espíritu. Nos recuerda la unidad de un elemento de hidrógeno combinado con el oxígeno, en la proporción de 2 a 1, para la formación del agua, para que la humedad de la atmósfera, invisible a los ojos, se pueda condensar a una determinada temperatura para la formación del vapor, de las nubes. Y cuando baja esa temperatura, el agua se convertirá en sustancia sólida, en hielo.

La palabra "Ab" aplicada a Dios aparece pocas veces en las páginas del Antiguo Testamento. Apenas 14 veces. De modo que vamos a considerar algunos ejemplos:

"El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy señor, ¿dónde está mi temor? Dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre...". (Malaquías 1:6).

"La corrupción no es suya; de sus hijos es la mancha, generación torcida y perversa. ¿Así pagáis a Jehová, pueblo loco e ignorante? ¿No es él tu padre que te creó? Él te hizo y te estableció." (Deuteronomio 32:5-6).

"Yo preguntaba: ¿Cómo os pondré por hijos, y os daré la tierra deseable, la rica heredad de las naciones? Y dije: Me llamaréis: Padre mío, y no os apartaréis de en pos de mí. Pero como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra mí, oh casa de Israel, dice Jehová." (Jeremías 3: 19-20).

"Mira desde el cielo, y contempla desde tu santa y gloriosa morada. ¿Dónde está tu celo, y tu poder, la conmoción de tus entrañas y tus piedades para conmigo? ¿Se han estrechado? Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestra padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre." (Isaías 63:15-16).

"Nadie hay quien invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades. Ahora, pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros." (Isaías 64:7-8).

"A lo menos desde ahora, ¿no me llamarás a mí, Padre mío, guaiador de mi juventud? (Jeremías 3:4).

"¿No es Efraín hijo precioso para mí? ¿No es niño en quien me deleito? Pues desde que hablé de él, me he acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él; ciertamente tendré de él misericordia, dice Jehová." (Jeremías 31:20).

Hasta aquí algunos ejemplos veterotestamentarios donde encontramos a Dios presentándose o siendo reconocido como "Padre". Sin embargo, cuando Jesús abre sus labios para llamar a Dios "Padre", la voz que nos llega es el arameo "Abba", el término empleado por los más pequeñitos para referirse a su papá. Tanto ha llamado siempre este vocablo en la boca de nuestro Maestro para referirse al Eterno, que los traductores lo han respetado, dejándolo en su forma original:

"Yéndose un poco adelante, Jesús se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú." (Marcos 14:35-36).

Este respeto al vocablo "Abba" lo vemos también en los escritos apostólicos del Nuevo Testamento:

"Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!" (Romanos 8:15).

"Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: "¡Abba, Padre!" (Gálatas 4:6).

"Padre nuestro" es el lenguaje del amor filial. Es la llamada a Dios desde el hambre de amor, de cariño, de necesidad urgente de relación paterno-filial. Ahí está el primero y principal mandamiento:

"Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas." (Deuteronomio 6:5).

Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro, en Antioquía, población donde se hablaba el viejo dialecto caldeo, es decir, el siríaco occidental, vulgarmente conocido por "arameo", dijeron que "Abba" era el nombre con que el niño pequeñito se dirigía a su padre. Y el Talmud dice que cuando el niño prueba el gusto al cereal (nuestra "papilla"), es decir, tan pronto como le destetan, la criatura aprende a decir "Abba" e "Imma" ("papá" y "mamá"). No podemos imaginar lo que supuso escuchar a Jesús dirigirse a Dios llamándole "Papá". Y lo que es más, autorizándonos a nosotros, a sus discípulos, a dirigirnos a Él con ese mismo apelativo entrañable.

En esta sencilla voz está implícita una nueva relación con Dios. Somos parte del pueblo renovado de Dios, del cual Jesucristo es la única cabeza:

"Y sometió todas las cosas bajo sus pies (de Cristo), y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo." (Efesios 1:22-23).

¿Qué quería y qué quiere Jesús enseñarnos al dirigirse al Padre llamándole "Abba", "Papá"? Probablemente la respuesta esté en algunos textos de propio Evangelio:

"Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar." (Mateo 11:27).

"Y llamando Jesús a un niño, lo pudo en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos... Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe." (Mateo 18:2-3, 5).

Jesús siempre usa esta palabra infantil para designar a Dios como Padre. Las dos únicas excepciones son Marcos 15:34 y Mateo 27:46, por ser cita veterotestamentaria:

"Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿Lama sabactani? Que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? (Salmo 22:1).

Inmediatamente después de dirigirse al Padre con esta palabra tan dulce, tan infantil, cotidiana, doméstica y arreligiosa, Jesús agrega un posesivo que no deberíamos olvidar nunca. Es la pequeña palabra que a venido a dar nombre a esta oración: "Padre **nuestro**." ¡Con razón fue denominada esta plegaria por Cirilo de Jerusalem: "Oración de los fieles"! El plural de su invocación nos recuerda el carácter igualmente plural, compartido, comunitario de la Iglesia de Jesucristo. Aquí hay sanidad para nuestros egoísmos. "Padre nuestro" nos recuerda que sólo por la gracia misericordiosa de Dios podemos tenerle por Padre. "Padre nuestro" es una llamada al reconocimiento de que no podemos beneficiarnos de la pérdida del otro, de mi prójimo. Nuestros bienes duraderos nunca radican en el egoísmo, sino siempre en los bienes de los demás, en los bienes comunes:

"Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios... Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico,

para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos... Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tengáis. Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene. Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos." (2ª Corintios 8:1-5, 9, 11-15).

"Padre nuestro" es también una exhortación a entender y a vivir la realidad eclesial como una incorporación de búsqueda y de llamada sin egoísmos ni individualismos. Dios es mi Padre, pero también es el tuyo. En Él somos interpelados a la hermandad, a la unanimidad, al compañerismo comunitario; el griego "koinonía", que viene de "tener en común" y que nos da miedo denominar "comunismo" por sus implicaciones socio-políticas de dictadura e intolerancia:

"Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común... Así que no había entre ellos ningún necesitado." (Hechos 4:32, 34).

Cuando Jesús nos enseña a orar, y comienza diciendo que hemos de dirigirnos a Él llamándole "Padre nuestro", nos está enseñando una lección absolutamente supra-religiosa: "Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños." (Mateo 18:10). Esta pequeña palabra, "nuestro", se hizo realidad tangible en aquella comunidad cristiana naciente de Jerusalem, tal como da testimonio el libro de los Hechos de los Apóstoles. No olvidemos nunca que Dios es amor, y el amor de los unos por los otros siempre será la prueba suprema del discipulado cristiano:

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros." (Juan 13:34-35).

"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que

sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado." (Juan 17:22-23).

Podemos llamar al Señor "Abba" porque somos sus pequeños: "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." (Mateo 18:3).

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS... .

(Mateo 6:9b).

En realidad, "santificado sea tu nombre" y "venga tu reino" son dos peticiones que debe ser estudiadas juntas. El nombre de Dios, que ha de ser santificado, y el reino del Señor, cuya llegada a de ser anhelada, son dos caras de una misma moneda. Son, por así decirlo, dos realidades interdependientes. Hemos, pues, de estudiar ambas peticiones conjuntamente, en vista de la correspondencia existente entre ambas, así como la relación mutua de su contenido.

La palabra "cielos" es el griego "ouranois", que corresponde al hebreo "Shamayim", que a su vez nos llega de la raíz "'shamé", voz que significa "etéreo", "elevado", "arqueado". Esta última acepción hace referencia al arco visible en el que se mueven las nubes, así como el espacio en el que se mueven los cuerpos celestes. A veces lo hallamos en la Biblia en su forma aramea, es decir, escrito con la ortografía "shamayín".

Ahora bien, esta palabra "shamayim" se relaciona con una raíz árabe, que es "shama'a", voz que significa "altura", "alto" y "cielo". Naturalmente, todas las versiones traducen este término por "cielo" o "cielos", pero es importante que tengamos presente que a menudo esta palabra significa "aire" y no "cielo"; es decir, "regiones altas", "alturas". Tengamos en cuenta que no hay en el hebreo del Antiguo Testamento ninguna palabra para designar el "aire". Hay que esperar a que nos llegue el hebreo postbíblico y el arameo o dialecto caldeo para encontrar una voz que corresponda a nuestro concepto "aire". Y el vocablo que encontramos en ese caso es una palabra tomada del griego, semitizada en la forma de "´wyr".

Este hecho no significa, sin embargo, que los hebreos carecieran completamente de capacidad de abstracción, sino que las magnitudes invisibles se asociaban siempre a lo que el hombre y la bestia respiramos, denominándolo "rúaj" o "neshamá, de donde el espacio ocupado por el aire es llamado "shamayim":

"Y alzando David sus ojos, vio al ángel de Jehová, que estaba entre el cielo y la tierra, con una espada desnuda en su mano, extendida contra Jerusalem." (1º Crónicas 21:16).

"Y aquella figura extendió su mano, y me tomó por las guedejas de mi cabeza; y el Espíritu me alzó entre el cielo y la tierra, y me llevó en visiones de Dios a Jerusalem, a la entrada de la puerta de adentro que mira hacia el norte, donde estaba la habitación de la imagen del cielo, la que provoca a celos." (Ezequiel 8:3).

"Y se encontró Absalón con los siervos de David; e iba Absalón sobre un mulo, y el mulo entró por debajo de las ramas espesas de una gran encina, y se le enredó la cabeza en la encina, y Absalón quedó suspendido entre el cielo y la tierra; y el mulo en que iba pasó delante." (2º Samuel 18:9).

"Alcé luego mis ojos, y miré, y he aquí dos mujeres que salían, y traían viento en sus alas, y tenían alas como de cigüeña, y alzaron el efa entre la tierra y los cielos." (Zacarías 5:9).

Toda suspensión entre la tierra y el cielo es "shamayim". De ahí que encontremos esta voz traducida por "aire" en pasajes como Éxodo 9:10; Deuteronomio 1:28; 9:1; 4:17 ss; Proverbios 30:19. Y, naturalmente, pueden encontrarse muchos más ejemplos al respecto en las concordancias.

Así podemos comprender lo que nos quiere decir el apóstol Pablo en 1ª Tesalonicenses 4:16 ss., cuando nos habla del encuentro definitivo con el Señor Jesucristo: "... seremos arrebatados juntamente con ellos (los muertos en Cristo, que resucitarán primero; ver v.16) en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor." De la misma forma que el humo u olor agradable de los sacrificios ascendía al aire, no al cielo, así subiremos al aire al encuentro con el Señor Jesucristo en el día glorioso de su segunda venida. El lugar del encuentro será el aire, no la lejanía del cielo. La prueba la tenemos en la expresa promesa de la manifestación de Cristo el Señor en poder y gloria: "Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero." (1ª Tesalonicenses 4:16).

"Los cielos" en la Oración del Señor son, pues, las alturas de la presencia divina, más allá de nuestra esfera. Aquí "los cielos" no son cualquier suspensión sobre el suelo, ni la mezcla de gases que respiramos y llamamos "aire". "Los cielos" en el Padrenuestro son la trascendencia, la alteza y la gloria del Señor, del Altísimo.

"Padre nuestro que estás en los cielos" es también una llamada a no permitirnos una confianza excesiva que pudiera conducirnos a la irreverencia. Podemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia de nuestro Dios, pero no hemos de olvidar jamás que nuestro Señor es Dios, el Dios Todopoderoso, el Dios Altísimo:

"Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro." (Hebreos 4:16).

"Padre nuestro que estás en los cielos" es una frase en la que se da el equilibrio entre la realidad de la paternidad amorosa de nuestro Señor, y al mismo tiempo, la no menor realidad de la divinidad de nuestro Señor, manifiesta en la expresión "que estás en los cielos." Esta es una actitud desarrollada en el pueblo judío desde mucho tiempo atrás respecto al uso del nombre propio de Dios, como veremos más adelante. Y de la misma forma que "Padre nuestro" nos habla de la confianza que dimana de una relación filial basada en el amor de Dios hacia sus hijos e hijas, el recuerdo de la altura y la santidad del Señor "que está en los cielos", nos aporta el equilibrio necesario.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.

(Mateo 6:9).

De todos es sabida la importancia que para el pensamiento hebreo bíblico tenía el nombre. No se trataba de una mera fórmula identificadora, sino del cumplimiento anticipado de las expectativas, de los anhelos, deseos, esperanzas, postulados de fe y de gratitud a Dios de parte de los padres de una criatura, en el significado de cuyo nombre podían sintetizarse los sentimientos más profundos y de sus progenitores.

Algunos nombres eran tomados de los mundos animal y vegetal: "Tera" es "cabra salvaje"; "Lea" es "vaca salvaje"; "Tabita" es "gacela"; "Tamar" y "Tamat" son "palmera"; "Raquel" es "oveja". Otros nombres expresaban la fe y la alegría de los padres: "Rubén" es "Mirad un hijo"; "Jonatán" es "Dios ha dado"; Joaquín" es "Dios dispondrá". La lista se haría casi interminable. Además, durante el período neotestamentario, al usarse tanto el arameo como el griego, era frecuente hallar a personas con dos nombres. Por ejemplo, "Tomás" y "Dídimo" significan "gemelo" en ambas lenguas, del mismo modo que "Mesías" y "Cristo" corresponden al mismo título -"Ungido"- en los respectivos idiomas. Sin embargo, los hebreos, a diferencia de los griegos y de los romanos, no empleaban apellidos, de manera que la distinción entre las personas del mismo nombre se hacía al estilo del apodo, mediante la alusión a su lugar de nacimiento, de procedencia, de habitación, a su profesión, o a alguna peculiaridad física o de carácter. Por el contrario, los romanos utilizaban tres nombres: el "prenomen" o nombre personal, el "nomen", que era el nombre de su casa o de su tribu, y el "cognomen", que era el nombre de su familia. Así, por ejemplo, Marcus Antonius Félix era "Marcus" del clan de los "Antonia", y de la familia de los "Felix".

Al tratar del Nombre del Señor, nos enfrentamos a un sentido del nombre que está entroncado en el uso hebreo del mismo, muy alejado del significado que el concepto "nombre" tiene para nosotros. Todos los nombres empleados en las Sagradas Escrituras para designar al Señor expresan la idea de su poder

supremo, conocimiento, verdad, justicia, bondad, pureza, santidad y eternidad.

Las principales designaciones bíblicas para el Eterno son:

"El", que es "Poderoso" (Éxodo 34:6). Este nombre se combina en muchas ocasiones con otros términos, tales como "El Shadai", que es "Dios Todopoderoso" (Éxodo 6:3).

"El Olam", que es "Dios Eterno" (Génesis 21:33).

"El Elohéi Israel", que es "Dios el Dios de Israel" (Génesis 33:20).

"El Elión", que es "Dios superior" (Génesis 14:18-22; Deuteronomio 32:8).

"Elohim", que es "Dios", en forma plural con sentido singular, aparece más de dos mil veces en las páginas del Antiguo Testamento.

"Kedosh Israel", que es "El Santo de Israel" (Isaías 1:4; 5:19).

"Mélej Haolam", que es "El Rey del Universo" (Jeremías 10:10).

"Adonai", que es "Mi Señor", igualmente plural con sentido singular, aparece en muchísimas ocasiones combinado con el "Tetragramaton" o "Nombre de las Cuatro Letras": "Yod-Hei-Vav-Hei". Estas son las cuatro consonantes del Nombre propio o personal del Eterno en su revelación a Moisés, y que corresponden a la letras latinas "YHVH" (Génesis 15:2,8; Éxodo 6:3; Deuteronomio 3:24; 9:26). Este Nombre es la más sagrada de las designaciones bíblicas para la Deidad. Su raíz está en la expresión divina: "Eheie asher eheie" ("Yo soy el que soy": Éxodo 3:14).

También hallamos el Tetragramaton combinado con otras designaciones, como, por ejemplo, "YHVH Tzevaot", que es "El Señor de los Ejércitos" (1º Samuel 1:3, 11).

Aparece en algunos textos bíblicos una forma abreviada del "Tetragramaton", que se forma con las letras "Yod" y "Hei".

Respecto al "Tetragramaton" conviene tener presente que su pronunciación en forma correcta era un secreto de los sacerdotes de la era del primer templo. El Sumo Sacerdote expresaba en forma solemne el Nombre Sagrado del Altísimo en el Día de la Expiación (Yom Kipur) y en la Bendición Sacerdotal ("Bircat Cohanim") de Números 6:24-26. Hacia el

siglo tercero antes de nuestra era, la pronunciación de este nombre dejó de emplearse, probablemente por razones de respeto, sustituyéndose por "Adonai" ("Mi Señor"). Esto está confirmado por la traducción griega denominada "Septuajinta" o Biblia de los Setenta, en la que "YHWH" se traduce por "Kurios". Aproximadamente cuatro siglos después, los rabinos de la época masorética, que inventaron un sistema de signos vocálicos para el hebreo, pusieron las vocales "e", "o" y "a", como una especie de contraseña. Así fue como en los círculos cristianos se desarrolló el idiotismo "Jehová".

Podemos comprobar que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo tampoco pronunciaba el Nombre, según se desprende de la propia Oración del Padrenuestro, y de esta expresión que lo demuestra: "Santificado sea tu Nombre".

Tal es el respeto al Nombre del Señor en el pueblo judío devoto que éste, naturalmente, no se pronuncia jamás, sustituyéndose, como decíamos, por "Adonai" ("Mi Señor"). Pero incluso esta expresión, "Adonai", se evita fuera del ámbito del culto sinagoga y de la práctica de la oración, sustituyéndose por "Hashem", es decir "El Nombre".

Existen otras formas hebreas extra-bíblicas para designar al Eterno que fueron desarrolladas por la tradición rabínica en el curso de los siglos. Entre ellas hallamos "Harajamán", que es "El Misericordioso"; "Hakadosh Baruj hu", que es "El Santo, Bendito sea Él"; "Ribonó shel Olam", que es "Soberano del Universo", y un largo etcétera que va más allá del ámbito de este trabajo.

Después de estudiar un poco del fondo histórico del sentido y alcance del nombre entre los hebreos, podemos percatarnos más profundamente del significado que el Nombre del Señor tiene en el mensaje bíblico.

"Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre." (Zacarías 14:9).

"Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos." (Hechos 4:12).

¿Nos damos cuenta del poder que hay en el nombre del Señor? Todo el Nuevo Testamento en general, y el libro de los Hechos de los Apóstoles en particular, lo prueban más que sobradamente:

"Y les dijo Jesús: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán." (Marcos 16:15-18).

Estas son las señales del reino de Dios. Fueron las señales durante el ministerio terreno de Jesús el Cristo:

"Cuando, pues, los hombres vinieron a Jesús, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro? En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí." (Lucas 7:20-23).

Estas son también las señales que por el Santo Espíritu son dadas por Dios a su iglesia, según la promesa que hemos leído, en la gran comisión de la versión marcana del Evangelio. Pero sobre esto volveremos más adelante al tratar de la siguiente petición de la Oración del Señor.

Santificar el Nombre de Dios sugiere que el Señor no puede ser conocido por medio de ningún proceso intelectual o filosófico. Los finitos no podemos conocer al Infinito:

"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer." (Juan 1:18).

"Si me conocieseis (dice Jesús), también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto." (Juan 14:7).

El Señor no puede ser conocido por otro medio que no sea espiritual. Nadie puede llegar al conocimiento de Dios si no es

por discernimiento espiritual que sólo el Señor puede conceder. Dios es el amor absoluto, es la fuente de la vida, es el amor y la luz. No puede ser conocido el Eterno, a menos que Él se dé a conocer, se revele. Por eso, sólo el Espíritu Santo puede transformar la fría y filosófica verdad intelectual acerca de Dios y convertirla en una realidad cálida y viva dentro de nuestros corazones, mediante un encuentro personal con el Hijo. Por eso es que amar a Dios con todo nuestro corazón, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es el primero de los mandamientos, y la síntesis de todos los demás, amén de las enseñanzas de los profetas, por cuanto ningún cumplimiento de mandamiento cualesquiera tiene sentido fuera del amor a Dios.

La santificación del Nombre de Dios es una petición que nos defiende de nuestra tendencia a la idolatría. En la santificación del Nombre se manifiesta toda la distancia existente entre la fe y la imagen. El Señor no le permite a su pueblo hacerse imágenes para honrarlas ni reverenciarlas:

"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos." (Éxodo 20:4-6).

El Señor concede su Nombre al pueblo, no una imagen, para que lo santifiquemos: "No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque Jehová no dará por inocente al que tome su nombre en vano." (Deuteronomio 5:11).

"Él (Moisés) entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro." (Éxodo 33:18-23).

La proclamación del Nombre de Dios es la proclamación del carácter divino: Su paz, su descanso, su sosiego, su presencia: "Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí." (Éxodo 33:13-15).

Aparecen aquí dos términos que llaman poderosamente nuestra atención y demandan un examen más detenido. El primero es la voz "lugar" que hallamos en el versículo 21: "He aquí un lugar junto a mí". Este vocablo "lugar" es el hebreo "hamakom", término utilizado en el judaísmo rabínico como nombre divino. El Rabí Huna, en nombre de Rabí Amí, decía que esta voz es un nombre de Dios porque el Señor es el lugar del mundo, pero el mundo no es su lugar." (Shemot Raba 45). "Hamakom", lugar de la presencia divina, es, evidentemente, una figura hermosísima de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo:

"Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos." (Juan 17:25-26).

"Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilizas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad." (Colosenses 2:8-9).

El segundo término que nos llama poderosamente la atención es la palabra "espaldas" en el versículo 23: "Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro." El vocablo traducido por "espaldas" es el hebreo "ejodí", literalmente "mi espalda". Pero el término no significa sólo espalda o parte posterior, sino también "huellas". Y así entendieron los sabios hebreos de la antigüedad que "la espalda" del Señor son sus huellas, es decir, su creación y su revelación. El Bendito quiere que nos deshagamos de todas las imágenes sensoriales de nuestra conciencia religiosa, tan impregnada de idolatría y pura imaginación fraudulenta, para que podamos santificar el glorioso Nombre de Dios. Y de esa

manera vacunarnos contra esa tendencia idolátrica que late en el corazón de todo ser humano:

"El día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos; y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad; y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis." (Deuteronomio 4:10-12).

El Nombre, al igual que el Lugar ("Hamakom" y "Ejodí"), expresan la presencia de Dios. De ahí que la santificación del Nombre del Señor es presentarse ante su presencia con suma reverencia. Tengamos en cuenta que "Nombre" es "shem" y "Oye" es "shemá". Y Dios no le dice a Moisés: "¡Mira!", sino "¡Oye!": "Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es." (Deuteronomio 6:4). Esto quiere decir que todos los nombres son para nombrar, pero este Nombre es el Nombre que nos nombra. Es el Nombre sobre todo nombre. Oye quien escucha el Nombre. Y este Nombre llena todo el universo, verdadero templo de Dios, el "lugar junto a mí".

Ahora bien, la expresión verbal "santificado sea tu nombre" en el griego del Nuevo Testamento es "agiaszétó to ónoma". Curiosamente, el verbo "santificar" significa también "entonar", "recitar". Algo que parece resonar igualmente en nuestro castellano: "santo", "canto", "encanto". De forma que "santificar" el Nombre del Señor es dejar que el Nombre se entone en nuestro interior; que nuestro pecho actúe como caja de resonancia para el Nombre del Amado, dejando que el Santo Espíritu haga vibrar el Nombre inefable, el que nosotros no debemos nombrar, en nuestro interior, alcanzando todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo. Esa fue la enseñanza de Jesús a sus primeros discípulos: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra." (Juan 17:6).

El Nombre es la Divina Presencia, plena y total, colmada, al estilo del Dios que es amor: "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla

de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre." (Filipenses 2: 9-11).

VENGA TU REINO .

(Mateo 6: 10).

Esta petición de la Oración del Señor brota del corazón de todos los redimidos por la sangre preciosa de Cristo Jesús. El reino de Dios es reino de justicia, verdad, sabiduría y amor. La búsqueda del reino de Dios y su justicia debe ocupar el lugar primero en la vida de los discípulos del Resucitado:

"No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:31-33).

Pero, ¿qué es el reino de Dios? Vamos a contestar manifestando primeramente lo que no es:

"Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí." (Juan 18:36).

"Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo." (Romanos 14:17).

"Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder." (1ª Corintios 4:20).

Ahora vamos a considerar positivamente lo que es el reino de Dios, que Jesús nos enseña a pedir venga:

"Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas." (Mateo 13:31-32).

"Otra parábola les dijo: el reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado." (Mateo 13:33).

"Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo." (Mateo 13:44).

"También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró." (Mateo 13:45-46).

"Asimismo el reino de los cielos es semejante aq una red, que echada en el mar, recoge toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes." (Mateo 13:47-50).

"Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino." (Salmo 45:6).

La Santa Palabra de Dios también responde claramente a nuestra pregunta de dónde se encuentra el reino de Dios:

"Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, Jesús respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros." (Lucas 17-20-21).

Conviene tener presente que la preposición griega traducida por "entre" es "entós", que literalmente corresponde a "dentro" de nosotros. Por eso la palabra de Jesús nos advierte que el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. Y Jesús nos muestra con igual claridad cuáles son las señales del reino. De modo que en la medida en que falta el poder, la iglesia de Cristo ha de clamar: "¡Venga tu reino!"

Sin embargo, nos hallamos aquí ante una de esas aparentes paradojas escriturales, ya que Jesús nos asegura que el reino de Dios está entre (dentro de) nosotros, de manera que no es cuestión de buscarlo fuera de nosotros mismos. No hay "helo aquí" o "helo allí" que valga. Y, sin embargo, se nos insta a orar diciendo: "¡Venga tu reino!" ¿Cómo podemos romper esta aparente contradicción? ¿Cuál es el sentido que puede poner fin a esta aparente paradoja? La respuesta la hallaremos tan

pronto respondamos escrituralmente a la pregunta siguiente:
"¿De quién es el reino?"

"En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe." (Mateo 18:1-5).

¿Será la tendencia constatable históricamente a hacer de la iglesia un reino de este mundo lo que traerá consigo la falta de poder del reino? ¿Será el olvido de que la grandeza radica en el ministerio, en el servicio, en el ser "minus", "menor"?

"Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos." (Marcos 10:42-45).

"Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios." (Lucas 6:20). (Ver también Mateo 5:3; 18:3; 19:13-15; Santiago 2:5).

"Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios." (Juan 3:3).

Otra pregunta importante, urgente, es: "¿Cómo se accede al reino de Dios?" Y la Sagrada Escritura responde:

"Y después de anunciar el evangelio en aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios." (Hechos 14:21-22). (Ver también 2ª Pedro 1:3-12).

Otra pregunta más: "¿Quiénes no heredarán el reino?"

"Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios." (Gálatas 5:19-21).

"Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios." (Efesios 5:5).

La aparente contradicción queda deshecha. El reino de Dios está entre nosotros por la presencia del Espíritu Santo. Las señales de poder del reino han sido prometidas por Jesús. Y el Señor es fiel a sus promesas. ¿Dónde, pues, está el fallo? ¿Estamos predicando, anunciando, el reino de Dios, o nos estamos anunciando a nosotros mismos? ¿Podemos esperar la manifestación del poder del reino del Señor cuando la casa está dividida? ¿Es de esperar la manifestación gloriosa del reino de Dios entre nosotros cuando en tantos sectores de la iglesia se limita a una época pretérita el poder de quien la Biblia presenta como "el mismo ayer, y hoy, y por los siglos"? ¿Tendremos que volver al "aposento alto" para clamar juntos "¡Venga tu reino!" y aguardar a ser investidos con poder de lo alto? ¿No será una auténtica osadía continuar abundando en palabrería, cuando sabemos que el reino de Dios no consiste en palabras sino en poder?

No es casual el orden de las peticiones que componen esta Oración del Señor que estamos estudiando. Inmediatamente después de enseñarnos a pedir la venida del reino, no sólo como advenimiento escatológico, sino como la necesidad personal de una profunda experiencia espiritual que cada discípulo precisa realizar, el Señor nos confronta con la voluntad divina. Pero a eso volveremos más adelante.

Ahora debemos volver al tema de la búsqueda del reino y su justicia. Tengamos presente que cuando la justicia del reino de Dios tiene primacía en nuestras vidas, el Señor añade todas las demás necesidades, satisfaciendo cada una de nuestras cuitas:

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33).

"La justicia, la justicia seguirás, para que vivas y heredes la tierra que Jehová tu Dios te da." (Deuteronomio 16:20).

El reino de Dios está en medio de nosotros, dentro de nuestro ser, y, al mismo tiempo, esta presencia latente ha de hacerse un día patente, en el gran día de Dios, en el segundo advenimiento de nuestro Señor Jesucristo. De este modo, la búsqueda de la plenitud del reino de Dios y su justicia nos pone en relación con el Señor, nos sintoniza con su voluntad suprema. Y a tal efecto, debemos dejarnos conducir por el Espíritu Santo, no por las corrientes de este mundo. Si seguimos considerando que la realidad es el engaño de este mundo y su sistema, nuestra búsqueda del reino de Dios no será intensa ni constituirá la primacía en nuestra existencia.

La dirección del Santo Espíritu de Dios es absolutamente imprescindible en la búsqueda del reino de Dios y su justicia:

"Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lucas 11:13).

¡Qué tristeza que haya tantos cristianos que todo lo que saben acerca del Espíritu Santo es que se trata de la "Tercera Persona de la Santísima Trinidad"!

¿Qué lugar ocupa en nuestra vida de oración la petición del conocimiento de la voluntad de Dios para nuestras vidas?

¿Qué lugar ocupa en nuestra plegaria la petición del alumbramiento del Espíritu Santo para conocer y hacer la voluntad del Señor?

Cuando somos guiados por el Santo Consolador, toda nuestra senda se ilumina. Lo particular es alumbrado por lo universal. Conocer para hacer la voluntad del Señor en nuestras vidas, pasa a ocupar nuestro objetivo primordial, nuestras meta más importante. Nos colocamos en la corriente que anima y dirige el Sopló Celestial; y lo más curioso es que tal cosa hacemos sin apenas esfuerzo por nuestra parte, inundados por la perfecta paz y el contentamiento que irradia el Espíritu de Cristo.

Tengamos siempre presente que el reino de Dios es el ámbito en el que la voluntad divina es conocida y obedecida.

HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, ASÍ TAMBIÉN EN LA TIERRA .

(Mateo 6: 10).

Esta es la esencia de toda oración verdadera, cuando se entiende correctamente lo que significa orar, no simplemente decir oraciones. Sin embargo, solemos pervertir el sentido de la oración la mayoría de las veces. ¿Por qué? Porque habitualmente asociamos esta expresión y la hacemos nuestra en tiempos de adversidad, ante un problema que nos parece irresoluble, o bien frente a una enfermedad incurable para los hombres; ante las calamidades o los desastres.

"Hágase tu voluntad" es la expresión que asociamos a la resignación cristiana. Sin embargo, esta actitud no es nada más que un pseudo-estoicismo injertado en la cristiandad, al igual que muchas otras corrientes de pensamiento, procedentes de la filosofía griega, que nada, absolutamente nada tienen que ver con las enseñanzas de la Biblia en general, y de nuestro Señor Jesucristo en particular. Hagamos un poquito de historia para recordar que los estoicos eran discípulos del filósofo Zenón (340-260 a.C.), quien abrió una escuela en una zona pública de Atenas, de columnas o pórticos pintados (en griego "stoa"), de donde nos llega el nombre de "estoicos". La escuela filosófica estoica de Zenón estimulaba la indiferencia al dolor y a los placeres. Entre los romanos se destacaron los estoicos Gato el Joven, Séneca y Marco Aurelio. Este estoicismo, a partir de la corrupción de un amplio sector de la iglesia en los días de Constantino el Grande, ha causado innumerables daños, creando una gran confusión en el pensamiento cristiano. De ahí que urja reconocer, asumir y aceptar de una vez por siempre que Dios no quiere el mal, pues éste nunca forma parte de la voluntad divina:

"Él (Jehová) es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto. La corrupción no es suya; de sus hijos es la mancha." (Deuteronomio 32:4-5).

Nuestras calamidades y desastres, enfermedades e infortunios son el resultado de nuestra ceguera, de nuestra ignorancia y

principalmente de nuestra maldad. La voluntad de Dios nuestra Padre es proveer para todas nuestras necesidades, perdonar todas nuestras iniquidades, sanar todas nuestras enfermedades y dolencias; consolarnos, fortalecernos y revitalizarnos; darnos vida abundante y librarnos del mal en todas sus formas:

"Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas." (Juan 10: 7-11).

Si la Palabra Eterna, Dios-en-Cristo, mora en nosotros por la presencia del Espíritu Santo, la voluntad del Señor se hace latente en nuestra vida, capacitándonos para que nosotros la hagamos patente. Nadie puede asumir que ha sido hecho hijo de Dios, hija de Dios, sin reconocer la absoluta bondad y sabiduría del Señor. Es más: No podemos vivir los efectos de la soberana gracia de Dios si no reconocemos la perfecta justicia divina. Y de esto se deduce que no podemos anhelar la voluntad de Dios para nuestra vida, ni recibirla con gozo, mientras no reconocemos la santidad y bondad absolutas del Eterno.

Decíamos que no es casual el orden de las peticiones en la Oración del Señor. Por eso, inmediatamente después de enseñarnos a pedir el advenimiento del reino, el Señor Jesús nos enseña a pedir la búsqueda de la voluntad divina. ¿Qué diferente sería todo si buscáramos la voluntad de Dios aquí en la tierra, entre nosotros, como embajada del reino en este mundo! Ahí radica la clave. No podemos llamarnos a engaño. Jesús lo expresa con prístina claridad en el texto de su oración sacerdotal, recogida en el capítulo 17 del Evangelio de Juan:

"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno... para que el mundo conozca que tú me enviaste." (Juan 17:22-23).

Esa unidad es la gloria del Señor en su iglesia. Y la historia hubiera sido muy diferente si la búsqueda de la voluntad divina hubiera ocupado el lugar primordial, el objetivo prioritario, en

lugar de la horrenda secuencia de luchas intestinas por el poder secular, guerras, persecuciones y hogueras inquisitoriales. ¿Cuál es la perfecta voluntad de Dios? "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." (Romanos 12: 1-2).

"Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios." (1ª Pedro 2: 15-16).

"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre." (1ª Juan 2: 15-17).

"Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" es la petición que brota del corazón redimido por la sangre de Jesucristo, de quienes sabemos que el Mesías que ha de venir es el que ya ha venido como siervo sufriente, que el reino está entre (dentro de) nosotros. Jesús está en medio de la congregación de los discípulos por medio de la presencia del Espíritu Santo. Pero, al mismo tiempo, esta presencia del Consolador, prometido y derramado por el Señor Jesucristo glorificado, es para un tiempo -el período de la iglesia- hasta la Parousía, hasta el segundo advenimiento de Jesús el Cristo. De ahí que algunos teólogos hablen de la experiencia vital del cristiano como de un "ya" y, sin embargo, un "todavía no", como definición de la tensión en que vive cada verdadero creyente, y toda la iglesia en la redondez de la tierra. Esta tensión es la que se desprende de la seguridad de la presencia del reino en nuestro medio, y, al mismo tiempo, la necesidad de buscarlo sobre todas las cosas. De ahí también la validez de que en nuestra oración podamos incluir la petición del advenimiento del reino y la necesidad de que aquí en la tierra seamos embajada del reino de los cielos, donde la voluntad de Dios se

materialice en obediencia a sus designios, a sus principios y a su justicia.

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY.

(Mateo 6: 11).

La estructura de la Oración del Señor se asemeja al Decálogo en su equilibrio entre lo referente a Dios y lo correspondiente al hombre. Las primeras peticiones están relacionadas con el Señor. Ahora comienza el grupo de ruegos centrados en el ser humano y sus necesidades. Y el primero de ellos hace alusión a algo tan básico como el pan, el sustento cotidiano e inmediato: "Padre nuestro... pan nuestro". Y es que todo lo dicho respecto al Señor es también aplicable al pan.

Entremos un poquito en el contexto cultural. El pan de la época no se horneaba en barras como las nuestras, sino en láminas planas, como tortas de diversos espesores. Los cereales más frecuentes eran el trigo y la cebada. La molienda era manual y cotidiana. No solía fermentarse la masa, pero cuando se deseaba que el pan fuera leudado, se tomaba un pedazo de masa antigua y se introducía en la masa del día. (Ver Génesis 19:3; 1º Samuel 28:24). Los hornos domésticos solían ser portátiles. (Ver Levítico 2:4). Pero también se hacían las tortas de pan sobre piedras calentadas sobre las ascuas. (Ver 1º Reyes 19:6) En el campo eran las mujeres las encargadas de la confección del pan, pero en las ciudades existían panaderos profesionales. (Ver Jeremías 37:21). En el capítulo 2 del libro del Levítico hallamos una relación de los diversos tipos de pan en la época bíblica.

Espiritualizar levantando barreras entre lo que se nos antoja espiritual y lo que definimos como material no tiene lugar en la práctica de Jesucristo. No hay base para poder hablar de "mi pan". En Cristo Jesús todo es nuestro, pero no en un sentido acumulativo, de apropiación, sino en la práctica de compartir, de no decir que nada nuestro sea propio. Es como si tuviéramos que aprender a conjugar todos los verbos de nuestro quehacer humano comenzando por la primera persona del plural; como si gustosamente fuésemos movidos amorosamente a abandonar el egoísmo y el egocentrismo del "yo" y del "para mí".

En esta petición somos confrontados con nuestra tendencia a espiritualizar con regusto a eludir nuestras responsabilidades inmediatas, en esa actitud religiosa de naturaleza escapista,

absolutamente ajena a la cercanía divina, a la encarnación, a la presencia de Dios entre los hombres, para establecer una relación no sólo paterno-filial, sino fraterna y amistosa.

Además, el pan ha de ser cotidiano. Dios no quiere alimentarnos con mendrugos endurecidos por el tiempo y el egoísmo, sino con ese pan que luce hermoso, que huele bien, que suena bien y sabe mejor. El pan de Dios es como el viejo maná; aquella provisión milagrosa durante el tiempo en el desierto; cuantitativamente diferente de persona a persona, de familia a familia; conforme a la necesidad de cada uno; con un rápido deterioro de la porción acumulada por falta de fe en la cotidianidad del suministro.

Jerónimo nos enseña algo grandioso, según se desprende del texto arameo del Evangelio según San Mateo, que es el que tomamos como base para nuestro estudio. Allí, la palabra griega original "epioudios" adquiere un sentido que pierde mucho brillo, y más aún al verterla al castellano y otros idiomas modernos. Esta voz griega traduce el arameo "mahar", término que nos llevaría a traducir así: "El pan de mañana, dánoslo hoy", por cuanto "mahar" designaba en el judaísmo tardío no sólo "mañana", entendido como el día que seguirá a la jornada en que nos hallamos, sino el "gran mañana", el día del cumplimiento final de todas las promesas: El gran día de Dios, con la manifestación gloriosa de la victoria de Jesucristo el Señor. La clara contraposición "hoy-mañana" hace que el énfasis de la expresión caiga sobre la realidad actual, el "hoy", de un mundo hambriento de Dios, en el que los discípulos de Jesucristo podemos y debemos pedir ya, hoy, aquí y ahora, ese pan de vida, no para acumular, sino para compartir.

Según las enseñanzas de Jesús, la frase implica la expresión de nuestra gratitud al Señor por proveer todo cuanto necesitamos. Es, pues, una aclamación de agradecimiento más que una petición, propiamente dicha. Por eso, todo adquiere un nuevo y radiante significado al comprender que nuestra traducción literal se queda muy alejada del rico matiz que nos presenta esta oración en dos planos que se rozan: La necesidad del sustento cotidiano, y la gratitud que el Amado merece; y, por otro lado, esa promesa escatológica del pan del cielo, de Dios caminando entre los hombres, en ese tabernáculo de carne glorificada que es el Señor Jesucristo. Recordemos que

"pan vivo" y "agua viva" son símbolos del paraíso desde la noche de los tiempos.

Evidentemente, y sin escapismos frente a realidades sociales que nos interpelan, esto significa mucho más -nunca menos- que una petición de nuestras necesidades cotidianas, respecto a las cuales Jesús nos ha dicho a sus discípulos que no nos afanemos por ellas:

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33).

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias." (Filipenses 4:6).

En la versión lucana del texto que nos ocupa, la traducción sería: "El pan nuestro, el necesitado, danos día a día." (Lucas 11:2-4). Este pan es, obviamente, el pan vivo que descendió del cielo:

"Jesús dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo Daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo." (Juan 6:35, 51).

El Espíritu se hace Palabra, y la Palabra se hace carne, y la carne se hace pan; es decir, se da, se entrega, para nutrir, para alimentar, para dar vida, y vida abundante. De manera que cuando olvidamos las realidades inmediatas de los hombres, nuestros hermanos, olvidamos la responsabilidad que el Señor pone en nuestras manos; pero cuando limitamos el sentido del pan cotidiano a las necesidades de nuestro estómago, manifestamos también nuestra falta de visión espiritual.

El pan, la realidad urgente y material, no separa del reino de Dios, sino que en el significado del pan se encuentran el presente y el porvenir. El pan de cada día es absolutamente necesario, pero el espíritu del hombre no se contenta con llenar la tripa. El espíritu humano tiene sembrada en su tierra la semilla de Dios, el hambre de eternidad, la anticipación de los dones del mundo venidero, el recuerdo del día en que la voz de Dios se paseaba con el hombre en el huerto, al aire del día. (Ver Génesis 3:8).

Recordemos la comida de Jesús para que sepamos cuáles son los ingredientes del pan vivo que descendió del cielo:

"Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. Él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra." (Juan 4: 31-34).

En Cristo Jesús todo tiene la sencillez del pan, del agua, del vino y del aceite. La sencillez de lo cotidiano, de la mesa, de la familia. Y lo cotidiano, al mismo tiempo, no está separado del reino de Dios, sino que, antes bien, abarca la totalidad de la vida. En la simplicidad de la mesa, la comunidad se goza ante la expectativa inminente del banquete mesiánico. Pero el paso de la mesa sencilla al altar impregnado de paganismo, en sus formas e incluso en las vestiduras de los oficiantes, revestidos con los mismos atuendos de quienes condenaron y asesinaron a Jesús, marca una de las más tristes etapas de la historia de la iglesia.

El pan es la Palabra; es la voluntad del Señor. Por eso, para Jesús no existe una oposición entre el pan cotidiano y el pan vivo que descendió del cielo. Nuestra petición del pan cotidiano, del sustento diario, implica también la realidad de satisfacer nuestras necesidades para subsistir. De manera que al pedir el pan diario estamos igualmente rogándole al Señor que nos niegue para nuestro bien todo aquello que es superfluo, innecesario, y que nos arrastraría al olvido del amor de Dios, y de las necesidades de nuestro prójimo; de todo cuanto pervertiría nuestro camino.

En Jesús el pan del cielo y el pan de la tierra se abrazan. Todo queda vinculado por el amor del Señor. Lo perecedero y lo eterno. Lo temporal y lo trascendente. El símbolo y la realidad. Por eso es que la Escritura nos habla de un maná escondido. Esa es la sustancia divina, la esencia bondadosa del Señor, su Espíritu que todo lo anima, todo lo escudriña, todo lo vivifica:

"El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido." (Apocalipsis 2:17).

Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES.

(Mateo 6:12).

Aquí radica el requisito más importante de la Oración del Señor. Veamos el paralelo en Lucas 11:4: "Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben." No podemos orar, al menos eficazmente, cuando tenemos nuestro corazón cargado con algo contra alguien:

"Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas." (Marcos 11:25-26).

El perdón de nuestras deudas queda pendiente de que nosotros perdonemos a nuestros deudores. Esto es imprescindible al presentarnos ante el Señor. Nuestro corazón no puede estar en disposición de orar hasta que hayan salido nuestras quejas contra los hermanos. Nuestra pereza y nuestras quejas son los mayores impedimentos en la extensión del Evangelio. Por el contrario, el perdón, y principalmente el perdón, tiene la fuerza para quitar de en medio todo impedimento a la oración eficaz.

El verdadero discípulo de Jesucristo sabe muy bien que en su corazón hay faltas y deudas. Sabe que el perdón de Dios sólo es posible por la gracia soberana del Altísimo. Pero no pide el perdón para el juicio final, sino para cada día. Además, pedir el perdón, cuando la plegaria es de corazón, nos recuerda nuestro propio deber de perdonar. En definitiva, sólo puede pedir perdón quien está dispuesto a perdonar: "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda." (Mateo 5:23-24).

Nuestra petición de perdón no es sincera cuando pedimos lo que no estamos dispuestos a dar. Pero cuando estamos

dispuestos a dar lo que pedimos, esa actitud de corazón ante Dios ya es una oración eficaz por sí misma, ya que la esencia de la oración es la comunión del espíritu del hombre con el Espíritu de Dios. Esta comunión espiritual se rompe en mil pedazos cuando nos atrevemos a presentarnos ante el Señor para rogar nos conceda lo que nosotros mismos no estamos dispuestos a conceder a otros:

"Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo." (Efesios 4:30-32).

"Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de paciencia; soportándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos." (Colosenses 3:12-15).

Primero el perdón. Luego el amor. No podemos amar si no procedemos primeramente al perdón y a la restitución; a la restauración de la relación buena, fluida, sin resentimientos ni dobleces. Fracamos frecuentemente en la práctica del amor por no entender que hemos de proceder al perdón en primera instancia. El amor es el "sobretodo" con que hemos de cubrir nuestras vidas y nuestras relaciones con los demás. El resultado será la gratitud: Entrañable misericordia... benignidad... humildad... paciencia... perdón... vestido de amor... Estar dispuestos a perdonar es absolutamente imprescindible para pedir el perdón de Dios, y para proclamarlo a toda criatura:

"Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas." (Mateo 6:14-15).

El Señor no nos llama a engaño. Hemos sido perdonados para perdonar. Si no lo hacemos, estamos anulando el alcance de la gracia de Dios en nuestra propia vida. Si retenemos el maná de

Dios -y todo es maná de su parte- estaremos obstaculizando la efectividad del don de Dios en nuestras vidas, por cuanto la base del perdón está en la entrañable misericordia de Dios, nunca en el merecimiento por nuestra parte:

"Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios, y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas." (Mateo 18:23-35).

El perdón es la esencia nuclear del Evangelio de Cristo Jesús. No olvidemos nunca que Dios es amor; no el amor condicionado al merecimiento, al logro, al éxito; ni el amor a causa de alguien o de algo. El amor de Dios es posible sólo porque Dios es esencialmente amor. El perdón de Dios es posible sólo porque Dios es esencialmente misericordioso. La fe en Dios es posible sólo porque Dios es esencialmente fiel. Para que el amor sea completamente perdurable e imperecedero, es menester que traspase la barrera de los sentimientos y las emociones. Entonces es cuando deja de ser enamoramiento para convertirse en amor, es decir, en la decisión de amar, sin reparar en lo que la persona sea, tenga o parezca. Ese amor no será "a causa de", sino "a pesar de" todo cuanto contra él se levante. Es con esa clase de amor con el que podemos amar a

una persona, aunque se trate del ser más grosero, detestable, miserable, antipático y vicioso de los seres humanos. Porque todo eso, y más todavía, éramos nosotros antes de conocer a Jesucristo como Señor y Salvador personal.

Toda la revelación bíblica trata, por medio de historias, epopeyas, profecías, poesía, proverbios y dramas, de enseñarnos que Dios es esa clase de amor, y que en la persona y en la obra de Jesucristo se ha manifestado y puesto a nuestra disposición esa clase de amor trascendente, más allá de sentimientos y emociones. Este es el amor de quien se sabe perdonado por Dios en Cristo Jesús, no en base a merecimientos propios, sino sobre el fundamento de la obra redentora de Cristo Jesús en la cruz del Calvario. Sobre esa base uno quiere, sabe y puede perdonar las deudas de los demás, sin esperar a que los otros lo merezcan, del mismo modo que nosotros mismos hemos sido perdonados sin merecimiento alguno. El amor de Dios es el que nos capacita para perdonar con alegría a nuestros deudores, y así poder decir: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores." No olvidemos nunca que el amor de Dios no está condicionado por nada ni por nadie. Ni el cumplimiento, ni el incumplimiento de determinados requisitos puede ser la base del perdón y del amor de Dios. El Señor no espera a que nosotros lleguemos a la conclusión de que hemos de abrazar la fe cristiana para amarnos. Por el contrario, haremos nuestra la fe de Cristo al conocer el alcance del amor de Dios; es decir, al ser conscientes de que el amor de Dios trasciende nuestro conocimiento, por cuanto la gracia del Señor es multiforme e inescrutable.

La Cruz de Jesucristo no es resultado del arrepentimiento del hombre, sino, antes bien, el arrepentimiento es fruto de la Cruz del Señor. Es el Espíritu Santo el que trae al corazón del hombre el arrepentimiento y la fe -dones de Dios-, y éstos son los que producen en el pecador el anhelo de seguir a Jesucristo como único Señor y Salvador personal, eterno y todo-suficiente. Por eso nunca jamás encontraremos a Jesús en las páginas de los Evangelios diciéndonos que nos amará si bajamos a las aguas del bautismo. Pero, ciertamente, bajaremos a las aguas bautismales como resultado del amor del Señor en nuestras vidas. Tampoco escucharemos nunca al Maestro enseñarnos que nos amará si vivimos una vida santa, moral y éticamente hablando. Pero, ciertamente, nosotros queremos vivir

santamente al saber del amor del Señor, y conocer que la forma en que Él quiere que le amemos es guardando sus mandamientos. Jesús de Nazaret no nos ha enseñado que su amor esté condicionado a que comencemos a leer las Sagradas Escrituras cada día, ni a que tomemos la decisión de asistir regularmente a los servicios de una cristiana, comprometiéndonos como miembros de una iglesia local, con responsabilidades generales y específicas. Pero, ciertamente, nosotros no dejaremos de alimentarnos con la Palabra de Dios, ni de congregarnos con los hermanos para estimularnos al amor y a las buenas obras, adorar juntos al Señor en espíritu y en verdad, y crecer en el compañerismo cristiano, testificando como cuerpo ante un mundo que agoniza.

Dios nos ha amado y nos ama tal y como somos, con nuestros pecados y vilezas. No podemos esperar a cambiar para que el Señor nos ame, sino, antes bien, Él nos ama y con su amor nos transforma. La base del amor de Dios es su naturaleza. El amor de Dios es el fundamento sobre el que nuestras vidas pueden ser cambiadas y transformadas, para perdonar como hemos sido perdonados. De modo que no podemos pedir perdón al Señor por nuestras culpas si nosotros mismos no estamos dispuestos a perdonar con el perdón con que Dios nos perdona.

Y NO NOS METAS EN TENTACIÓN, MAS LIBRANOS DEL MAL .

(Mateo 6: 13).

Esta petición nos hace recordar una plegaria en la oración de la mañana según el rito sefardí, que dice así:

"No nos conduzcas al pecado, ni a la transgresión, ni al delito, ni a la tentación, ni a la deshonra."

Esta afirmación final en la Oración del Señor suele ser malentendida por muchos hermanos. ¿Cómo es posible que el Señor conduzca a las almas a la tentación?

Primeramente, la palabra "tentación" significa aquí "prueba". No se refiere al mal moral, sino a todas las experiencias duras de la vida de los hombres. Esta petición del "Padrenuestro" significa que cualesquiera sean las pruebas por las que pasemos, firmemente creemos que el Señor nos librará.

Hay algo de este pensamiento en las palabras de Jesús en el huerto de Getsemaní, en la víspera de su crucifixión:

"Y yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú." (Mateo 26: 39).

La Sagrada Escritura afirma rotundamente que no es Dios quien tienta a los hombres:

"Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Amados hermanos míos, no erréis. Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación. Él, de su voluntad nos hizo nacer por la palabra de

verdad, para que seamos primicias de sus criaturas." (Santiago 1:12-18).

Dios no tienta a ningún hombre, pero las almas son probadas como por fuego para nuestro bien, para nuestras purificación. Tampoco permite el Señor que sus hijos e hijas seamos tentados más allá de nuestras fuerzas:

"No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar." (1ª Corintios 10:13).

Esta petición de Jesús quiere ser un ruego a Dios pidiéndole que no permita la intervención del Tentador y Acusador de los hermanos. Del Señor amado nunca viene la tentación, la trampa engañosa, sino esa prueba benéfica que siempre produce en el creyente fortaleza y madurez para proseguir hacia la meta, hacia la corona de la vida que el Padre ha prometido y que nos da en Jesucristo. También es el grito de ayuda frente a los falsos profetas y falsos ungidos de todos los tiempos, cuyo contingente irá en aumento según nos acercamos al gran día del Señor:

"Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin." (Mateo 24:11-14).

El sentido de esta petición de la Oración del Señor es: "No permitas que caiga en manos del pecado, de la culpa, de la tentación, de la infamia, de la indignidad." Ahora bien, la expresión "líbranos del mal" indica que el Señor Jesucristo no estaba pensando en las pequeñas tentaciones de cada día, sino en la gran tentación final que ha de venir sobre todo el mundo. Aquí el mal representa al Maligno:

"Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso Dios

les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia." (2ª Tesalonicenses 2:8-11).

La gran tentación será la manifestación del Anticristo, de lo que fue figura la abominación desoladora, momento en el que el Malo -¡Dios le rependa!- pretenderá abiertamente ocupar el lugar de Dios. Esta gran tentación es la apostasía. De modo que "líbranos del mal" es "libranos del Malo", del "Adversario", del "Padre de mentira", del "Príncipe de este mundo."

Pero la victoria del Señor bendito está garantizada: "Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán." (1ª Tesalonicenses 5:1-3).

PORQUE TUYO ES EL REINO, Y EL PODER, Y LA GLORIA, POR TODOS LOS SIGLOS. AMÉN. (Mateo 6:13).

Esta doxología parece una invitación a que cada uno de nosotros añadamos nuestro propio sello de alabanza libremente, y quizás así evitar esa tendencia tan humana de caer en la vana repetición.

Esta sección final de la Oración del Señor es una doxología que falta en la versión del "Padrenuestro" que nos llega de la pluma de Lucas (Ver Lucas 11:2-4).

Esta diferencia ha hecho pensar a muchos que la doxología no debió formar parte de la oración original. Sin embargo, es inimaginable una oración judía de la época que terminara con las expresiones "tentación" y "mal".

Era costumbre entre los judíos de los días de la presencia física de Jesús en la tierra, que toda plegaria terminara con una breve doxología o frase-broche final de alabanza a Dios, como si fuera una firma o un sello de clausura. La Oración del Señor termina con una palabra con la que estamos muy familiarizados: "Amén". Con ella concluimos cada oración. Su uso en la plegaria es algo parecido a la función de la voz "Selah" para señalar la terminación de cada una de las estrofas de los Salmos.

Sin embargo, "Amén" significa literalmente "en verdad", "verdaderamente". Es la expresión que en los Evangelios traducimos por "de cierto, de cierto", y que Jesús utiliza para introducir una enseñanza primordial. Pero "Amén" tiene también otro significado que no suele ser tan conocido:

"Porque todas las promesas de Dios son en él (en Jesucristo) Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios."

"Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto." (Apocalipsis 3:14).

"El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús." (Apocalipsis 22:20).

Pocos conocen la voz "Amén" como título mesiánico. Pero "Amén" es la forma hebrea del sánscrito "Aum", el nombre por el que en esa lengua es conocido el Cristo, el Mesías.

Para nosotros, como dijimos antes, suele ser la palabra para terminar cualquier oración. Pero pocos se percatan que al decir "en el nombre de Jesús, Amén", lo que estamos diciendo es que oramos "en el nombre de Jesús que es "Amén". Este es el sentido bíblico-místico que va mucho más allá de una simple fórmula para poner punto final a una plegaria. "Amén" es una voz para evocar al Santo Espíritu de Dios. Es la nota clave en la melodía de la oración. Es la vibración que resuena con su carga de verdad y de adoración.

La voz que en hebreo significa "fe" es la palabra "Emuná". Tiene la misma estructura que "Amén". Escribimos "Emuná" con las consonantes "Álef", "Mem", "Nun" y "Hei", y el término "Amén" con "Álef", "Mem" y "Nun". De modo que al exclamar "Amén" estamos diciendo "yo creo". Y en esta expresión está también presente el vocablo "Emet", que escribimos con "Álef", "Mem" y "Tav", y que significa "verdad", e incluso hallamos una gran semejanza estructural con "Adam", que es "Álef", "Dálet" y "Mem", y que es el "hombre" como "humanidad", con lo que se manifiesta que al hombre, a los humanos, se nos concede la posibilidad de unificarnos a un mundo superior a éste; la posibilidad de pasar de muerte a vida, mediante la vida del Mesías, del Hijo del Hombre.

Ahora, sabiendo que Jesucristo es el "Amén de Dios", podemos entender con nueva luz algunos textos de la Palabra, como:

"Encámname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día." (Salmo 25:5).

"Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." (Juan 14:6).

"La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos. Jehová dará también el bien, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia irá delante de él, y sus Pasos nos pondrá por camino." (Salmo 85:10-13).

"Y aquel Verbo (Palabra) fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo." (Juan 1:14, 17).

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres." (Juan 8:32).

"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir." (Juan 16:13).

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad." (Juan 17:17).

"Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." (2ª Corintios 4:6).

CONCLUSIÓN:

Seguramente se podrían decir muchas más cosas acerca de esta Oración del Señor que muchos aprendieron de labios de sus madres, años antes de poder leer las Sagradas Escrituras. Pero dos cosas nos parecen evidentes: Primero, que es el arquetipo modélico de la oración; y en segundo lugar, que siempre podremos seguir escudriñando en las palabras del Señor, para aprender más y más del arte de hablar con Dios.

Si este breve estudio te ha ayudado, amigo lector, hermano en la fe, o quienquiera que seas, sentiré un gran gozo por haber podido ser de bendición.

Al Señor Jesucristo toda la gloria, la honra y la alabanza.
Amén.

Pr. Joaquín Yebra.